

Actuación del Jimbre.

DISCURSO

PRONUNCIADO

Por el C. Lic. Emilio Rabasa,

ORADOR

Nombrado por la Junta patriótica

PARA LA SOLEMNIDAD DEL

5 DE MAYO DE 1883.

OAXACA.

Imprenta del Estado,
dirigida por Ignacio Candiani.

1883.

DISCURSO

PRONUNCIADO

POR EL C. LIC. EMILIO RABASA,

ORADOR

NOMBRADO POR LA JUNTA PATRIÓTICA

PARA LA SOLEMNIDAD DEL

CINCO DE MAYO DE 1883.

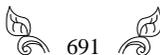


OAXACA.

IMPRESA DEL ESTADO, EN EL EX-OBISPADO,

DIRIGIDA POR IGNACIO CANDIANI.

1883.



CONCIUDADANOS:

Un gran recuerdo os llama á este lugar; recuerdo que, trayendo á la memoria alegrías y amargas lágrimas, gloriosas escenas y escenas de sangre, tiene al par del fuego arrebatado del entusiasmo, algo de los misticismos más dulces de la conciencia y de los afectos más puros del corazón. Así, no es maravilla que tan íntimamente os despierte, y con tal afán os convoque al pie del altar que hoy levantamos á los héroes de pasados dias de gloria. Así, natural es que al dirigir s la palabra, me halle confuso al encontrar mi pobre idea y mi mezquina frase tan inferior á la elocuencia de los recuerdos y á la gigantesca magnitud de los hechos.

En verdad, nuestra historia es de ayer; nosotros humildes como todo corazón entero que azota inclemente la desgracia; ocultos nuestros dolores como los dolores del proletario que sabe con nobleza llevar sobre su frente el peso augusto de su dignidad, y sin embargo, como todos los pueblos de la gran familia humana hemos llevado al libro de la historia no escasas páginas brillantes y copia abundante de dolores.

Uno de los más grandes pensadores del siglo lo ha dicho: "La historia no es más que la relación de la lucha interminable que, comenzada con el mundo, solo con el mundo acabará: la lucha del hombre contra la naturaleza, el espíritu contra la materia, la libertad contra la fatalidad." Eso es la historia de todos los pueblos, eso es la nuestra: lucha eterna que la libertad riñe contra todas las fatalidades: la fatalidad de las preocupaciones, la fatalidad de las pasiones, la fatalidad de la materia. Así batalla el hombre dentro de sí mismo y los pueblos en la historia.

Nada hay que no llegue á desvirtuarse por el tiempo. La idea se convierte en preocupación, el sentimiento se torna pasión tiránica. La idea de ayer se apodera de los espíritus y el sentimiento de los corazones; se entronizan, crecen, desarrollan, y mañana hay que borrar aquella idea y que cegar aquel sentimiento, y la idea alimentada con martirios solo con dolores se arranca, y el sentimiento regado con sangre solo se borra con muerte.

Alzáronse en la antigüedad las ciudades-estados que con instituciones propiamente municipales regian grandes países. Atenas es el alma de la Grecia; Roma despues constituye el mundo. Atenas republicana tiene conquistas y tiene clases; comprende el derecho y la libertad en su grandeza, pero no en su extensión. La Roma de Bruto tiene sus pueblos latinos y sus esclavos, porque ha aprendido la libertad en las instituciones griegas.

Atenas siente discurrir por sus arterias el fuego de la libertad; brota á torrentes la elocuencia en el Agora, aquella elocuencia meridional que parece caldeada al fuego del Sol de los Trópicos y abrillantada por su luz; cantan sus poetas las notas más inspiradas que jamás escuchó el mundo, y revelan al hombre el pincel y el cincel de sus artistas los misterios de la luz y los secretos de la forma. ¡Aquella es la ciudad de los dioses! Los griegos son semidiosos en sus creencias como son semidiosos en la historia. Orfeo es su maestro y los jóvenes griegos cantan sus coros; los dioses apasientan sus ganados en las llanuras de la Arcadia, luchan por ellos en Troya, guardan con celoso empeño á sus héroes y se disputan sus ofrendas; y aún parece que hoy los desterrados dioses del Olimpo lloran su perdida grandeza sobre las rotas columnas del Parthenón.

Roma hace de las ciencias y las letras el pedestal de su gloria y alcanza adoración por el brillo de sus armas. Aquel pueblo extraordinario seduce á los demás con su adelanto y los espanta con su heroismo; una civilización admirable tiene allí su cuna y alcanza su madurez, manifestándose en la elocuencia de Cicerón y Hortensio, en los pensamientos de Plinio el joven, en las narraciones de César y Salustio, en los versos de Virgilio y Juvenal, en las tragedias de Ovidio y Séneca.

ca, en los capiteles de Vitruvio, y mostrándose sobre todo grande y de eternas y universales trascendencias en la obra gigantesca de su derecho.

Pero así la civilización de Atenas como la de Roma, apenas si se escapan furtivamente de su prisión egoísta para iluminar á los pueblos, atados al carro de las conquistadas, y brillan luminosas y admirables sobre el fondo oscuro de la ignorancia que las rodea. Eso eran las ciudades-estados, eso era aquella institución que inició la grande idea de las nacionalidades. Pero ¿de que sirve el esfuerzo humano que hacen baldío las miserias del egoísmo? La institución de las ciudades-estados, necesaria primero para las evoluciones de la historia, era despues inútil, y solo quedaba para contener el avance de la humanidad, como toda institución envejecida. Era preciso que aquellas civilizaciones se difundieran, era preciso en la historia, y aunque empobrecidas y menguadas, se difunden, primero la romana, bajo el hacha de los bárbaros, despues la griega bajo el fierro turco, que produce en medio de sus horrores el resplandor purísimo del Renacimiento.

No difiere la suerte de las demás instituciones. Una guerra que puede llamarse universal rompe en todas partes la unidad ficticia de los antiguos Estados, guerra ciega que parece contrariar los fines de la humanidad, arrastrándola á los horrores de una conflagración general. Y al cesar aquel extraordinario movimiento, una institución nueva, el feudalismo, domina la parte más avanzada del mundo: es primero la salvación, muy pronto se convierte en cáncer. Los pueblos gimen bajo el azate del señor feudal; mas levántanse los comunes apoyados en el menguado poder de los tronos, y sobre los restos de los torreones feudales y alimentada por la sangre de los castellanos, se alza la institución salvadora que simboliza un paso más en la marcha del mundo y asegura y afianza nuevas libertades: el absolutismo real. Mas la institución es estacionaria y el mundo no se detiene en la marcha incesante que le está impuesta por un destino inmutable. La institución necesita el concurso del esfuerzo humano para levantarse, y despues sólida y firme, conviértese en dique que pretende ceñir á estrecho límite el movimiento universal; más ¡ay! que el torrente allega sus aguas y cobra fuer-

za colosal en cada hora, en cada minuto; y desbordado, grandioso, terrible, quebranta y rompe con estrépito y furia el dique inútil opuesto á su curso.

¡Hé allí la ley de nuestra peregrinación! Crear el principio, nutrirlo con sangre, elevarlo á institución práctica, y atacarlo despues, convertido en nuestro tirano, en nuestro verdugo y vencerlo á costa otra vez de torrentes de sangre.

Decid ahora si las continuas luchas en que el mundo se ha agitado, áun las más ciegas, áun aquellas á cuya iniciación no ha presidido un gran pensamiento, han sido estériles ó han conspirado contra los altos fines de la humana especie. Decid ahora si la revolución cuyo solo nombre espanta por preocupación al vulgo, cuyos sacudimientos hay una especie de fanatismo en condenar, no es el elemento más necesario, para ir adelante en la vía de nuestros destinos. ¡Vulgaridad la condenación sistemática de todas las revoluciones! La revolución es el cambio necesario de las instituciones, por la trasformación necesaria de las sociedades. No es ella, no, la que derrama la sangre de las víctimas, sino nuestra propia imperfección y nuestra propia ignorancia; de tal manera que, si hoy la revolución se inicia con el sacrificio en el cadalso y se consume con el fierro en los campos de batalla, mañana se iniciará con la idea en el libro y se consumará con el estudio en los campos de la filosofía.

Ninguna revolución tan grandiosa ni tan trascendental como la revolución iniciada en el Calvario con el sacrificio de un Dios y continuada despues en las Catacumbas y en el circo romano por los predicadores de sus sublimes doctrinas. Envilecidos los espíritus por los groseros símbolos del paganismo, embrutecidas las conciencias por una moral impura y egoista, abatidos hasta la vergüenza los corazones por el poder dictatorial de una soldadesca prostituida y desenfrenada, parece que sobre toda la humanidad se ejerce una fuerza incontrastable que imprime un movimiento de reacción, no en las circunstancias, no en las tendencias, sino en la misma naturaleza humana, que renuncia su propia dignidad y toma de su grado un papel miserable en la escena del mundo. Abatido el hombre á tan vil extremo, no hay mas institución que la del impe-

rio absoluto de un príncipe corrompido, ni más religión que aquella religión servil cuyo olimpo degradado también por la degradación del hombre, abre sus puertas á los emperadores para contarlos en el número de sus dioses. Así vive el mundo vergonzosa vida cuando la revolución cristiana se inicia, revolución que es á la vez religiosa, filosófica y política. Como toda revolución, tiene primero su período de sacrificios con los mártires; en seguida su período de lucha, cuando se apodera del trono, su movimiento de reacción con Juliano y su triunfo definitivo después. Es la primera, la más grande, la más trascendental de todas las revoluciones. Transforma las conciencias con la unidad absoluta de Dios, que destruye todas las antiguas teogonías; transforma los corazones con el principio de la eternidad del espíritu y lo deleznable de la materia, que rompe para siempre las cadenas de las pasiones; y transforma las sociedades, echando por tierra todas las viejas instituciones y revelando verdades que rigen aún y eternamente regirán nuestros pasos en la vía del progreso, con el grande y sublime principio de la unidad humana. ¡Ese es el movimiento que el vulgo de los espíritus anatematiza sin comprender! ¡Eso, eso es una revolución!

Viene después la revolución religiosa del Siglo XVI, que como por concertado artificio coincide con la revolución científica y comercial del descubrimiento de América. Un navegante atrevido en quien se obra el más singular milagro de la fé, surca el primero los mares de Occidente, y guiado por el génio de la adivinación, endereza sus naves al rumbo de su revelación misteriosa; parece que más que el viento arrastra las carabelas el génio de su almirante; y vuelan, rizando las encrespadas olas, hasta que Colón, puesta la rodilla en tierra, la cabeza inmortal hácia adelante, y húmedos por las lágrimas los ojos, vé surgir del seno de los mares, en reales condensaciones, el sueño encantado de toda su vida! Aquel mundo es un presente para los tronos al parecer, más en realidad es el primer augurio de la caída del poder absoluto. Lucha después el espíritu de la Reforma en discusiones teológicas, más de circunstancias y personalidades que de conciencia y verdad; y quizá sin comprenderlo, aquellas intelligen-

cias, frías como el clima del Norte europeo, y sin brillantez como su atmósfera, quizá sin comprenderlo, repito, inician en realidad una revolución filosófica y esencialmente política. Los descubrimientos agitan el comercio, la Reforma remueve las conciencias, y no puede tardar el día en que se consoliden las nuevas libertades.

Aparte todas las otras influencias de aquellas dos extraordinarias novedades, aparte el carácter inmediatamente religioso de la una, y la tendencia directamente comercial de la otra, ved ahora cómo se aunan el descubrimiento de un mundo nuevo por el géneo en el seno del Océano y el descubrimiento de un nuevo derecho por el espíritu en el seno de la conciencia; ved cómo se aunan para un gran fin político, sin el auxilio de la previsión humana, ni más concierto que el concierto providencial con que se enlazan la mayor parte de las causas históricas para producir las grandes evoluciones de la humanidad; ved cómo se aunan y engendran andando los días, mientras la gran fermentación se produce, la más terrible de las revoluciones, en medio de cuya tempestad y en luminoso relampagueo, brillan los derechos como fulminados en rayos deslumbradores. La revolución religiosa exalta los espíritus y produce en todas partes sacudimientos extraordinarios; lleva á Inglaterra sus conmociones; dá su espíritu de libertad á los unos y su tiránica intolerancia á los otros; y al fin los puritanos, buscando cielo más trasparente para su fé y tierra más fecunda para sus libertades, abandonan su país natal y vienen al Nuevo Mundo. Todo en América respira libertad; sus tierras, cuya costra jamás ha vuelto y roto el diente del arado, tan extensas se ofrecen á los aventureros que no necesitan el rigor egoísta del derecho de propiedad; sus bosques vírgenes no conocen el vedado europeo; sus rios arrastran libres sus aguas sin tropezar con el dique del derecho de las naciones; y su cielo, todo luz á los rayos del esplendente sol, y cuajado de estrellas bajo el misterioso silencio de la noche, levanta los espíritus á las altas contemplaciones de su propia grandeza, y llama los corazones á esa oración pura, recogida y profunda que se exhala en el seno de la naturaleza y sube á la bóveda inmensa de los cielos que es el templo inmortal del infi-

nito. Allí, al crearse el nuevo espíritu, encuentra campo para constituirse la nueva sociedad. Sin la tierra americana la evolución de la conciencia y del derecho habria quedado largos siglos envuelta y aprisionada en las marañas de las discusiones teológicas, sin producir más resultado en el mundo político que luchas tan sangrientas como las que agitan el Imperio, la Inglaterra, la España, la Francia, durante tantos años. Mientras en Europa se discuten los dogmas religiosos con las armas en la mano y se pretende, en obvio de dilaciones, resolver en batallas las dificultades teológicas, en América se levanta una sociedad nueva, nacida en el seno de un país que debe por la naturaleza propender á la libertad, y amamantada por el espíritu de las ideas puritanas. Esta gran incubación alcanza un poderoso auxilio en el movimiento filosófico del Siglo XVIII; de ella nacen Washington y la gran República del Norte, y de ella nacen también Mirabeau y la gran revolución francesa.

Las antiguas repúblicas de Atenas, Cartago y Roma, las repúblicas italianas de la edad media, no fueron institucionales; frutos de la tendencia eterna del hombre hácia la libertad, pero fuera de la atmósfera que las repúblicas requieren para su mantenimiento y madurez, semejan en la Historia esas plantas de nuestras ardientes zonas llevadas por el lujo de la riqueza ó la avidez de la ciencia á los ingratos climas de Europa, en donde necesitan para vivir el artificio de los invernaderos. Por que así como la tierra, según los principios de una escuela, para poder fecundar los gérmenes del hombre y mantener la vida de este ser superior, necesitó de las revoluciones geológicas que trasformaron las condiciones de la vida material, la humanidad, para remover y despertar los gérmenes de la República, necesitó también de sus grandes revoluciones, que trasformaron las condiciones de la vida social. Creer que las antiguas Repúblicas pudieron existir y prosperar, es como creer que el hombre pudo vivir y progresar en la época de los terrenos secundarios del planeta. Dad al germen las condiciones que necesita para vivir y brotará sólo, espontáneo, de las entrañas de la tierra, y vivirá la planta y madurará su fruto; dad á la especie humana el Siglo XV con sus descubrimientos, el Siglo XVI con su

revolución religiosa, el Siglo XVII con su revolución inglesa y el Siglo XVIII con su movimiento filosófico, y brotará del espíritu humano la República con los sacudimientos de la revolución francesa; y aun cuando tenga reacciones, vivirá en todas las revoluciones del Siglo XIX/para afirmarse y sostenerse en el porvenir.

Así, para producirse la transformación de las sociedades, no es extraño que el sacudimiento haya sido tan terrible.

Se culpa á la Revolución francesa de haber derramado sangre inocente, como si la sangre inocente no se hubiera derramado en todas las luchas; se la nota de cruel, como si no lo fueran todas las pasiones exaltadas; se la acusa de mil modos, sin que tenga mas culpas en realidad, que las que son consecuencia del estado revolucionario y de las circunstancias especiales del pueblo francés en la época de la revolución; y acaso se olvida ó se trata de olvidar que, dejando á un lado los pormenores necesariamente crueles y sangrientos de aquella terrible lucha, la revolución revela á los pueblos su propia fuerza y con ella les revela sus derechos; destruye los privilegios feudales que, arrancados de antiguos á los señores, se conservan aún incorporados á la corona; abate y doma el orgullo de la nobleza "haciéndola sufrir el suplicio de la igualdad;" (*) destruye para siempre el absolutismo que bajo distintas formas ha dominado siempre el mundo, y que viene á morir bajo la forma del poder real; y dando libertad al espíritu y vuelo á la dignidad humana, echa para siempre los fundamentos de la libertad y la República.

Permitidme, señores, que vuelva á repetirlo, demostrada ya la tendencia de cada institución y la necesidad de destruirlas cuando envejecen. La revolución es el cambio necesario de las instituciones por la transformación necesaria de las sociedades. Y como tal transformación es indispensable/ en todas las sociedades, de allí el que/todos los países han tenido sus revoluciones; de allí las nuestras.

No es más importante el planeta que el átomo en sus leyes eternas y fatales. La misma ley rige los mundos en su carrera por el cielo y los granos al derra-

(*) Discurso del diputado Isnard en la Asamblea.

marse en el surco. La misma ley que ha producido las grandes revoluciones en el mundo, ha engendrado nuestras convulsiones políticas; los mismos elementos han entrado en su composición; las mismas tendencias las han caracterizado. Si se nos tacha de haber roto mil veces nuestra propia paz, rompiendo así, mil veces también, la continuidad de nuestro progreso, se olvidan por completo las consideraciones que deben presidir á todo juicio sobre la historia de un pueblo; puesto que se olvida que, si hemos tenido en sesenta años las convulsiones que otros países han sufrido en seis siglos, también hemos condensado en sesenta años los progresos y las trasformaciones que en seis siglos han alcanzado otros pueblos. Pasamos de la esclavitud colonial á la monarquía de Iturbide, de la monarquía de Iturbide á la República central, de la República central á la República federal, y en medio de estas radicalísimas metamorfosis, tuvimos ese sacudimiento terrible que así suspende la paz pública como altera la paz doméstica, y tanto enardece los espíritus como subleva las conciencias: la reforma religiosa. Dad á un pueblo que ponga por obra tan rudas trasformaciones en tan pocos años y sufrirá tan frecuentes convulsiones como las nuestras, así sea el pueblo más sensato del mundo.

Al repasar en la memoria todas esas tempestades, se comprende y justifica que todo un pueblo en agrupaciones repartidas por todo nuestro vastísimo territorio, se conmueva y anime en este día, símbolo de tan numerosos y grandes recuerdos. Porque ciertamente, señores, no es solamente la gloria de un combate lo que hoy conmemoramos. Gloriosa fué la victoria alcanzada; por ella el despreciado pueblo azteca se reveló al mundo como digno y como valiente; por ella mostró á la Europa cómo hay héroes donde quiera que hay corazones, y por ella la enseñó que si el reto de un poderoso causó indignación en el pecho mexicano, no puso miedo en su corazón. Gloriosa fué la jornada del 5 de Mayo de 1862, y como gloriosa escogida como un símbolo para celebrar muchas de nuestras glorias y para conmemorar muchos de nuestros dolores. Así como el 4 de Julio es para el pueblo de la República del Norte símbolo de su independencia, el 14 de Julio para el pueblo

francés símbolo de su emancipación de todas las tiranías, y el 16 de Setiembre para nosotros símbolo de nuestra iniciación en la vida de los pueblos libres; así el 5 de Mayo simboliza, para nosotros también, la victoria definitiva que afianza la emancipación del espíritu, la vindicación de nuestro nombre contra todas las calumnias, y la reparación de nuestras afrentas contra todos nuestros enemigos.

No envanece á todo un pueblo ni enorgullece á las generaciones el brillo aislado de un triunfo; pero es justo que conmemore en un dia la reconquista de su libertad arrebatada y de su dignidad ofendida. Para nosotros el 5 de Mayo significa toda la segunda independencia rescatada contra las armas del Imperio francés, y el triunfo de la República rescatada contra el efímero trono del Archiduque de Austria; y siendo como fué aquel trono el último refugio de la antigua sociedad, significa también aquella fecha gloriosa la caída para siempre de las viejas instituciones, el relajamiento de las antiguas tendencias, el triunfo definitivo de la Reforma y del espíritu moderno.

En efecto, ni la Constitución de 57 con las leyes del gran Juárez en el derecho, ni la batalla de Calpulálpam en la guerra vencieron por completo al partido que sostenia las antiguas instituciones. Tenaz como todo espíritu que cree luchar por sus creencias religiosas y las teme despojo y botín del vencedor ebrio de venganza, el partido adversario del moderno espíritu, lucha sin tregua y se aferra al último terruño sin perder la fé en su causa ni la esperanza de la victoria, como si fuera posible á un partido exíguo y trabajado por las derrotas sostener ni prolongar la lucha que riñe contra todo el espíritu humano y contra la fuerza incontrastable de nuestros destinos.

La batalla sostenida sin descanso durante largos y angustiosos años, hizo cejar el impulso reaccionario, mas no declararse vencido; y aquel partido procuraba restañar la sangre de sus profundas heridas y dar vigor á sus cansadas fuerzas para continuar la lucha.

Tres potencias europeas dirigen las proas hácia las costas mexicanas, amenazando con la guerra á nuestra patria consumida por las fatigas; celébranse los preliminares de la Soledad, honra y galardón de la diploma-

cia mexicana, y poco después, al retirar la Inglaterra y la España sus velas de nuestras costas, que fué salvar su honor y guardar la hidalguía de su nombre, aparece sin embozo ni recato la ambición bastarda del emperador francés. Su cuerpo de ejército no abandona, con infracción del convenio y mengua de la honra de su señor, los puntos ocupados, y arroja el guante á la infeliz nación vendida por su fé en los tratados y debilitada por sus pasadas luchas.

¡México no vacila! Sus hijos parece que, como los franceses de 93 en sus sublimes palabras, si para entrar en la desigual porfía no han hecho un pacto con la victoria sí lo han hecho con la muerte. Con la muerte, sí; que cada uno de ellos caerá, ya bajo el escombros desgajado por el cañón francés, ya al filo de la bayoneta enemiga, ya al golpe maldito del vendido brazo del traidor; pero no se doblará jamás bajo el yugo ignominioso de la servidumbre, ni bajo el látigo de la tiranía extranjera.

Y así, cediendo al invasor el campo que la felonía le quita, espera con afán y brío en Loreto y Guadalupe el momento de ensayar su valor. Inferiores en la fuerza física de las armas, pero muy superiores en la fuerza moral del derecho; agrupación mezquina por sus medios de ataque, pero legión de héroes por su valor, resisten inmóviles los terribles empujes del agresor, le rechazan, le arrollan, y el monarca francés añade á la vergüenza de su causa la afrenta de la derrota, y el ejército mexicano agrega al brillo de su derecho el lustre de la victoria.

Allí se enciende sobre la frente de los héroes aquella aureola inmortal que debía cobrar tantos resplandores en las horas de prueba de la sangrienta guerra. Allí brotan las primeras hojas de aquellos laureles que habian de hermosearse tanto, ya con el sacrificio en las derrotas y en los cadalsos, ya con las victorias en mejores días. Allí nacen á vida inmortal los caudillos del pueblo, los que han de enseñarle cómo se sufre en la defensa gloriosa de Puebla y en la vida angustiosa y desesperada del guerrillero, y los que han de enseñarle cómo se vence en la Carbonera y el 2 de Abril en Querétaro y en México. Allí en fin, al lado del inmortal Zaragoza, aparecen cien héroes cuyos nombres

excusa publicar mi labio, porque harto los publican la forma con su sonora voz, y vuestros corazones con su entusiasmo.

Después . . . ¿qué referiros una historia que os es tan familiar? Una serie de contrarios sucesos empujan al jefe de la República, al gran Juárez, hasta los últimos confines del Norte, en tanto que la rendida fracción reaccionaria, cobrando aliento con los revéses de la Pátria, vuela á la tierra de los reyes en pos de su semilla, para cultivar aquí la exótica planta, sin pensar que los climas americanos la queman con fuego abrasador al brotar sobre este suelo.

En aquel juego de engaños, también sufre el príncipe traído, no por su ambición, sí por ajenos rencores. Engañado primero y abandonado después, se espanta al reconocer que solo la traición le ayuda, que es ella y no la voluntad nacional quien le dá un cetro que ha de romperse en sus manos, y que aliada tan mezquina no puede ser ni leal ni duradera.

Allá en tiempos pasados, cuando los reyes bajo el amparo del derecho divino, tenían sangre divina también, cayó una cabeza real en Nápoles al golpe de una real mano; cayó en un castillo inglés la cabeza de una reina cortada por la mano de otra reina, y brotó en Montiel á torrentes sangre de un pecho real abierto por el puñal de un rey. ¿Qué mucho que los pueblos imitaran para sus libertades los ejemplos de la ambición? Cae la cabeza de Cárlos I porque representa el absolutismo y la intolerancia; cae la cabeza de Luis XVI porque representa los privilegios; y cae en México la cabeza de Maximiliano, porque representa el atentado del mundo antiguo de los reyes contra el mundo nuevo de los pueblos, y porque significa la unidad, la fuerza única, el último refugio del movimiento reaccionario.

Cayó el segundo imperio mexicano en el cerro de las Campanas y con él cayeron la última esperanza de las tradiciones monárquicas y el último baluarte de la reacción conservadora.

La reacción es la ley invariable en la historia de las revoluciones; es consecuencia forzosa de nuestra propia naturaleza; en sus agentes hay error, mas no delito. La traición, producida por ambición loca ó por exaltadas

pasiones, sufrió lección durísima y alcanzó ya generoso olvido. ¡Solo la Historia no perdona jamás!

En cuanto á la Francia, que con tan duras frases ha solido ser denostada por aquella injusta invasión, recordemos siempre que fué empujada por la mano de un déspota á quien ella misma arrojó despues del asaltado trono. No; la pátria de Fabre de Thiers y de Gambetta, fuente de la libertad y cuna del espíritu democrático, se hermana con la de Ocampo y Juárez en espíritu y tendencias. Ella misma lo dijo por el labio inspirado de un orador: “Las luchas que empeñan los pueblos, por órden de los déspotas, se asemejan al duelo de dos amigos que, excitados por pérñda instigación, se baten en medio de las tinieblas; pero se abrazan tan pronto como aparece la luz del dia. Y si al trabarse la lucha entre los ejércitos, ilumina sus ojos la luz de la verdad, los pueblos se abrazan á los ojos de los tiranos destronados, de la tierra consolada y del cielo satisfecho.” (*) Así lucharon el pueblo francés y el pueblo mexicano en medio de las tinieblas; empujado aquel por la mano de su propio verdugo, busca con puñal fratricida el corazón del hermano para herir; ha alumbrado después sus ojos la luz de la verdad, que brota del cerebro de los genios republicanos, y ambos pueblos se han abrazado en la fraternidad de la República y se han confundido en el espíritu de la libertad.

A uñ alto objeto, á la gran comunión de la humanidad caminan con espacio y fatiga los pueblos todos del mundo; y habrán de alcanzar un dia el fin de la jornada, si fin posible tiene nuestra peregrinación sobre la tierra, cuando unidos los hombres por el amor y las naciones por el derecho, una gran familia se extienda del uno al otro polo. A ese alto fin caminamos nosotros; á ese alto fin llegaremos grandes, felices, después de estas batallas y estos dolores, si sabemos elegir el camino, si no olvidamos, envanecidos ó indiferentes, que la verdadera grandeza no se viste, no, con los oropeles del lujo, ni con el falso brillo de la prosperidad material; si no olvidamos que los aplausos de la Historia y las bendiciones del Cielo solo se alcanzan por medio de lo único grande, lo único divino que hay sobre la tierra: la virtud!

(*) Isnard en la Asamblea.

